

En Pafos en Chipre, san Tiquico, discípulo del apóstol san Pablo, quien le llama en sus cartas carísimo hermano, ministro fiel y compañero suyo en el Señor.

En Cirta en Numidia, los santos Agapio y Secundino, que, despues de haber sufrido un largo destierro en aquella ciudad, añadieron á la dignidad del sacerdocio la gloria de un ilustre martirio, padecido en la persecucion de Valeriano, en la cual hicieron los paganos los mayores esfuerzos para combatir la fidelidad de los justos. Con ellos sufrieron la muerte los santos Emiliano soldado, Tértula y Antonia vírgenes consagradas á Dios, y otra mujer con dos hijos gemelos.

El mismo dia, siete ladrones, que san Jason habia convertido á Jesucristo, los cuales llegaron á la vida eterna por el camino del martirio.

En Bresa, san Paulino, obispo y confesor.

En Cluni, san Hugo abad.

En el monasterio de Molesme, san Roberto, primer abad del Cister.

*La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.*

<p>Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Petri martyris tui fidem congrua devotione sectemur, qui pro ejusdem fidei dilatatione martyrii palmam meruit obtinere. Per Dominum nostrum...</p>	<p>Suplicámoste, Señor, nos concedas gracia para imitar con la debida devocion la fe de tu bienaventurado mártir Pedro, que por dilatar la misma fe mereció conseguir la palma del martirio. Por nuestro Señor...</p>
---	---

*La epístola es del cap. 2 de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, y la misma que el dia xxiii, pág. 540.*

## NOTA.

« Hallándose san Pablo en Roma en su segunda » prision el año 66 de Cristo, escribió esta segunda » epístola á su querido discípulo. Instale mucho para » que cuanto antes vaya á verle, llevándole su » manto, sus libros y principalmente los pergami- » nos, que á lo que se cree era la sagrada Escritura » escrita y arrollada en pergamino segun el uso de los » Judíos. Exhórtale á que se abstenga de cuestiones » inútiles, que solo sirven para escandalizar y para » mover disensiones. »

## REFLEXIONES.

Que una devocion fingida irrite los ánimos y excite la indignacion universal, no hay cosa mas justa, porque los hipócritas son objeto del odio de Dios y de la aversion de todos los buenos. Pero que tambien se levante el mundo contra la verdadera piedad, y que la virtud cristiana padezca una especie de persecucion en medio del cristianismo, son hechos que solo puede hacer creibles la experiencia, porque parecen igualmente opuestos á la religion y á la razon.

Por mas que la verdadera virtud sea sumamente amable por su apacibilidad, por su propio mérito, por su humildad; por mas bello, por mas perfecto, por mas brillante que sea su retrato, siempre se la mira con ceño. Siempre parecen sus facciones groseras, su semblante macilento, sus colores sombríos, su aire fiero y desdenoso; porque no es la razon, sino el corazon estragado de los libertinos el que juzga de la virtud. De aquí nace aquel desenfreno tan general contra la piedad cristiana: mientras es universalmente aplaudida la licencia de las costumbres, está expuesta

la pobre devocion á todos los tiros de la mas maligna crítica. Cada uno juzga que tiene derecho para censurar, para desacreditar, para morder á las personas devotas; apenas hallan abrigo estas pobres contra la murmuracion. ¿De dónde proviene esta antipatía tan universal, y cuál es la verdadera causa de esta injusta persecucion?

Los impíos persiguen á la virtud por odio, los indévotos por venganza, los indiferentes por envidia, los grandes por orgullo, los plebeyos por despique, por capricho ó por humor. Pero ¿de cuándo acá es delito el no ser uno tan malo ó peor que otro? Hasta aquí habíamos oído, aun á los mismos gentiles, que el nombre solo de cristiano llevaba en su idea la práctica de todas las virtudes, equivaliendo él solo á una apología. ¿Quién habia de creer que en algun tiempo pudiera haber cristianos que desaprobasen la pureza de las costumbres y una vida arreglada á las máximas del Evangelio?

Asombroso es que entre hombres que profesan todos una misma religion, se encuentren censores tan impíos y tan irracionales; pero cesa la admiracion cuando se examina la verdadera causa que pone de tan mal humor á estos desapiadados criticos. Una dama que se refórma, es una muda pero insufrible censura de otras ciento que, conociendo muy bien que tienen mas necesidad de reformarse que ella, no tienen la resolucion y el juicio que es menester para hacerlo. Los buenos ejemplos de una señorita regular son otras tantas reprensiones de la que tiene poca cabeza, y esto la obliga á soltar su maldita lengua en toda ocasion contra las devotas.

Un jóven de costumbres cristianas es una viva y penetrante leccion á todos sus compañeros disolutos, que en vista de su ejemplo conocen la indispensable necesidad que tienen de reformarse. Siéntese no sé

qué secreta desazon y enfado de que los que antes no eran mejores que nosotros, hayan abierto los ojos y comiencen á tener juicio; hacerse cuanto se puede para aburrirlos, ó á lo menos para entibiarlos, por medio de zumbas insulsas y tal vez de molestas importunaciones. Pero como no se engaña fácilmente á la conciencia, crece el despique con el remordimiento, y esto es lo que pone de tan mal humor á los libertinos contra los buenos; esta es la verdadera causa de la doméstica persecucion contra la virtud, y esto es lo que siempre se debe esperar mientras haya en el mundo mujeres locas y hombres disolutos. La demasiada luz ofende á los ojos flacos, é irrita el mal humor. Muérdese, censúrase, satirizase á los buenos, porque los malos quisieran persuadirse que no hay verdadera virtud en el mundo, para vivir tranquilos en su vida licenciosa y autorizar de este modo el desórden de sus costumbres.

*El evangelio es del cap. 15 de san Juan, y el mismo que el dia XIV, pág. 309.*

### MEDITACION.

DE LA FE.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera que la fe viva nos une con Jesucristo. El justo vive de la fe, y el alma sin ella es como el sarmiento separado de la vid, que solo sirve para el fuego. Pero ¿piensas si cuando venga á juzgar el Hijo del hombre encontrará mucha fe sobre la tierra? ¿Hallaria mucha si viniera á juzgar el dia de hoy? Es cierto que hay muchos cristianos; pero ¿hay muchos verdaderos fieles? Aquella fe que venció al mundo, disipando los errores, desterrando el vicio, corri-

giendo las costumbres, aquella fe tan poderosa en obras, tan fecunda en virtudes, tan eficaz en milagros; aquella fe que dió á la Iglesia mas de diez y siete millones de mártires, que pobló los desiertos con un número casi infinito de solitarios; esta fe, digo, ¿vive verdaderamente en mí? ¿Mis máximas, mis costumbres, mi conducta dan á conocer esta fe? El que solo tuviese una noticia especulativa del verdadero cristiano, ¿se persuadiria que yo lo era solo con verme y observarme?

¡Mi Dios, qué contrariedad tan monstruosa se nota en lo que creo y en lo que hago! Creemos que solamente fuimos criados para Dios; esto es, que no fué mas criado el sol para alumbrar, ni el fuego para arder, que nosotros lo fuimos para amar á Dios y para servirle. Están contados todos nuestros días, y ni el mismo Dios puede dispensarnos por una sola hora de la estrecha obligacion que tenemos de servirle y amarle. Todo aquello á que se nos antojó dar el titulo de grande, negocios importantes, proyectos magníficos, empresas arriesgadas, todo es bagatelas, todo es nada, cuando Dios no es el motivo de ello. Esta es la verdad fundamental de nuestra religion; esta es la base sobre que estriba todo el edificio del cristianismo; á saber, el persuadirnos y creer firmemente que ningun objeto criado nos puede hacer felices, y que la posesion sola de Dios puede satisfacer aquella vehemente ansia que tenemos de serlo; que, hablando con propiedad, no hay otro bien sólido y verdadero sino solo Dios, y que el único medio de poseerle es vivir segun las máximas del Evangelio; finalmente, que si Dios no es nuestra suma felicidad, de necesidad ha de ser nuestra suma desdicha.

Creemos que el pecado es el mayor mal del hombre, ó, por mejor decir, que es el único verdadero

mal; convenimos tambien en que sola la virtud nos puede hacer dichosos aun en el mundo, y en que nuestro gran negocio, nuestro único negocio es salvarnos. Tampoco se puede decir que ignoramos la dificultad que ha de haber en salvarse, ni las terribles consecuencias que se siguen de perderse. Creemos que despues de esta vida se sigue una eternidad feliz, ó una eternidad infeliz, y que la muerte, aunque sea la mas imprevista, es el momento decisivo de nuestra suerte eterna. Creemos que hay infierno, y creemos que la espantosa infinidad y eternidad de tormentos que se padecen en él, es justo castigo de un solo pecado mortal. Este es un compendio de las verdades mas esenciales que creemos; esto es lo que hacemos profesion de creer, y lo que es menester creer indispensablemente; esto es, mi Dios, lo que yo creo. Pero ¿cómo se compone con esto mi desordenada vida?

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que es bien extraño haya algunos cristianos que se esfuercen en no creer lo que temen; pero ¿es menos extraño que se encuentren no pocos que hacen ostencion de no temer aquello mismo que creen? ¿Puede haber mas impenetrable misterio de iniquidad? ¿Rendirse el entendimiento á la ley, y rebelarse el corazon contra sus preceptos; religion santa, y costumbres estragadas en los que la profesan; creer todo aquello que impone una indispensable necesidad de vivir una vida inocente, ejemplar, irrepreensible, y vivir de manera que se desmienta todo lo que se cree! A la verdad es deplorable la suerte de los infieles; pero el desorden de la mayor parte de los cristianos ¿promete á estos mejor suerte? Gran desgracia es no vivir dentro del gremio de la Iglesia, no tener derecho á la eterna bienaventuranza;

pero ¿será desgracia menor ser hijo de la Iglesia, y hacerse indigno de la eterna bienaventuranza á que se tiene derecho? y en realidad, ¿qué será menos malo, ó no creer lo que hay obligacion de creer, ó no hacer casi nada de lo que se cree? ¿Por cuál de estas dos partes me comprenden estas concluyentes reflexiones? ¿cuál es mi fe y cuáles mis costumbres? Yo creo, porque en fin me causaria horror el ser infiel; pero ¿vivo como cristiano?

Creo que el infierno, que una eterna desdicha es pena justa del pecado mortal; ¡y todavía peco! Creo que Jesucristo, mi Señor, mi Redentor y mi Juez, está realmente presente en el sacramento del altar; ¡y estoy sin respeto, sin devocion, sin un reverente temblor en su presencia! ¿Atreveríame á ponerme delante de los grandes del mundo con la misma inmodestia, con la misma libertad con que me presento en la iglesia? Sé muy bien lo que es y lo que vale una misa; y ¿con qué devocion, con qué solicitud asisto á ella? ¡O Dios, y qué terrible efecto hace en el corazón de un moribundo esta oposicion de fe y de costumbres! ¿Qué pensaré yo mismo en aquella fatal hora que dentro de poco tiempo ha de decidir de mi suerte eterna?

Créese que hay infierno, ¡y se peca! Aquella mujer profana, cuya conciencia es un caos, y que idolatra al mundo, ¡cree las verdades del Evangelio, cree que hay infierno!

Aquellos hombres perdidos y disolutos, cuya vida es una cadena de maldades, que se mofan con la mayor insolencia de todo cuanto respira devocion, que hacen burla hasta del infierno mismo, ¡creen que hay infierno!

Aquella gente ociosa y holgazana; aquellos idólatras de la diversion, del regalo y del deleite, que pasan la vida en un afectado olvido de Dios, en una

delicadeza gentilica, que solo tienen un baño, una superficie de religion; aquellos hombres que todo lo sacrifican á un vil interés y á otras mil torpes pasiones; ¡todos estos creen que hay infierno!

Estremécese uno con la sola consideracion del infierno; ¡y con todo eso á la vista de este mismo infierno peca! Acaso no se creará esta terrible verdad; pero se cree, porque sino ¿á qué fin se clama tanto por el confesor á la aproximacion de una muerte que amenaza? Pero valga la verdad; ¿se podrá ajustar una vida gentilica con las máximas de la religion en aquel mismo momento en que se espira? Entre la conversion y la muerte es menester que medie algun tiempo.

Ámome mucho para que quiera condenarme; pero ¿vivo de manera que no pueda temerlo? Si se considera lo que creo y cómo vivo, ¿podré racionalmente esperar que me salvaré? ¡Cuántos de los que meditan esto desesperarian de la salvacion de otro que viviese como ellos viven!

¡Ah mi Dios, qué seria de mí, cuál seria mi suerte, si en este mismo instante hubiera de ir á daros cuenta de mi vida! ¿Me serviria de disculpa decir que no lo pensaba? Pensándolo estoy ahora; pero mis obras desmienten mi fe, mis costumbres contradicen mi religion. ¿Y me contentaré con solo considerar que seria digno de la mayor compasion si muriese ahora; que yo seria el primero en condenarme, si comparciese en el supremo tribunal; que mis costumbres clamarian contra mí, y que mi iniquidad pide justicia? Señor, pues no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, asistidme con vuestra gracia, que con ella de hoy en adelante mis costumbres, mis máximas, mi vida corresponderán á mi fe.

## JACULATORIAS.

*Credo, Domine: adjuva incredulitatem meam.* Marc. 9.  
Yo, Señor, creo; pero fortificad mi poca fe.

*Domine, adauge nobis fidem.* Luc. 17.  
Señor, aumentadme la fe.

## PROPOSITOS.

1. Aunque la fe, por decirlo así, es virtud del entendimiento, la falta de fe es vicio de la voluntad. Consiste la fe en un perfecto rendimiento de estas dos potencias: por eso la infidelidad es igualmente fruto de un corazón estragado, que de un entendimiento orgulloso. ¿Cuándo se ha visto humilde á un heresiarca, ó á algun hereje? Ninguno hay que no prefiera obstinadamente su propio juicio al juicio de toda la Iglesia, y aun á las soberanas luces del mismo Espíritu Santo. ¿Se ha visto nunca que un hereje se haya sometido de buena fe á las constituciones de los papas, ni aun á las decisiones de los concilios? Cree el hereje que solo en él reside el espíritu de Dios: *Ego sum videns* (1). Yo solo soy el que tengo buena vista. ¿Puede haber mas lamentable ceguedad? Y con todo, este es el verdadero carácter de todos los que adolecen de la falta de fe. Imponte, pues, una ley de sujetar tu juicio, tu razon, tu estudio, todo tu saber, á quanto decidieren tus preladados, y especialmente la santa silla apostólica. Hablando la Iglesia, todos deben obedecer, todos callar. En este punto el rendimiento de todo verdadero cristiano ha de llegar á una suma delicadeza. Sentir grande dificultad en sujetarse ciegamente, y estar muy pagado de su entendimiento y de sus luces, es señal del espíritu de error. Los de corta capacidad y de pocos conocimien-

(1) Reg. 9.

T. 4.

P. 715.



STA CATALINA DE SENA, V.

tos se sujetan mas dificilmente ; de aqui nace que los pretendidos sabios, los ignorantes y las mujeres son los que con mayor dificultad deponen sus preocupaciones. Comprende bien la malignidad de este defecto, y prevé todas sus fatales consecuencias. Haz una santa vanidad de no querer creer sino lo que la Iglesia cree; de no ver sino lo que ella te pone delante; de no hablar sino el lenguaje que ella habla, ignorando y haciendo gala de ignorar cualquiera otra jerigonza.

2. Ejercitate entre dia en muchos actos de fe, y procura desde luego tomar esta santa costumbre, repitiéndolos, no solo cuando asistas á la misa y demás ejercicios de religion, sino en medio de otras ocupaciones durante el dia. El origen de los desórdenes es la debilidad de la fe; estos frecuentes actos la alientan, la excitan y la avivan. Dí con aquel padre de quien habla el Evangelio : *Credo, Domine : adjuva incredulitatem meam.* Yo, Señor, creo; pero fortificad mi poca fe. Otras veces dí con Marta : *Utique, Domine, ego credidi, quia tu es Christus Filius Dei vivi, qui in hunc mundum venisti.* Si, Señor, yo creo firmemente que vos sois Cristo hijo de Dios vivo, que venisteis al mundo para redimirle. O en fin con los apóstoles : *Adauge nobis fidem : Señor, aumentadnos la fe.*

---

### DIA TREINTA.

SANTA CATALINA DE SENA, VÍRGEN.

Santa Catalina, á quien hicieron tan célebre en el mundo los extraordinarios favores que recibió del cielo casi desde la cuna, fué hija de un tintorero de